

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm 521 Alicante 27 de Noviembre de 1880.. Año XI.

EL RACIONALISMO Y LA RAZON.

La felicidad humana.

El grito estúpido y sacrílego que, repetido de siglo en siglo y propagado con más ó menos calor en los tiempos de incredulidad, ha servido de lema de combate à las inteligencias enemigas de Jesucristo, puede reducirse à estas palabras: *Recede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus*. Apártate de nosotros, que no queremos la ciencia en tus caminos.

La verdadera filosofía consiste en elevar al hombre; mas para elevar al hombre es preciso acercarle à Dios. ¿Puede el racionalismo realizar esta elevacion de humanidad? ¿Puede calmar esa ansiedad por lo mismo que siente surgir del fondo mismo de su conciencia, y que unas veces le abate hasta hacerle descender à las profundidades de la nada, y otras veces lo encumbra à las alturas de lo inex-

plicable, constituyendo, por decirlo así, su miseria y su grandeza?

De ninguna manera. La elevacion de una cosa supone el tránsito de un órden inferior à un órden superior. Concebimos la perfeccion relativa de un ser dentro de la esfera en que le coloca la limitacion de su esencia, pero perfeccionar no es lo mismo que elevar, pues al paso que lo que eleva siempre perfecciona, lo que perfecciona no siempre eleva. Nos elevamos, en una palabra, cuando saliendo fuera de nosotros somos llevados sobre las condiciones de nuestra propia personalidad.

El racionalismo es el naturalismo de la razon; el racionalismo no admite la existencia de un órden sobrenatural, y en este sentido es como hemos dicho, que no podrá satisfacer la aspiracion más digna del hombre à quien deja en el estado triste y deplorable de su pobre naturaleza. Por eso la filosofía católica

es la filosofía por excelencia, porque partiendo de una realidad suprema, origen y causa de cuanto vemos y admiramos, no se contenta con perfeccionarle naturalmente, sino que subiéndole más arriba para que pueda contemplar más de cerca el objeto de sus afanes, le abre las puertas del misterio, haciéndole entrar ya en este mundo, aunque de una manera incompleta, en la vida de lo infinito, por medio de la participación de ciertas verdades que son el objeto primario de la inteligencia divina, y á las que jamás hubiera podido llegar en alas del raciocinio. De suerte que con aquel *Accedite ad eum et illuminamini et facies vestrae non confundentur*, describe admirablemente el verdadero progreso, que no es otro que el progreso cristiano, el cual ya en otra parte fué descrito por San Pablo con tanto laconismo como profundidad: *Sic currite ut comprehendatis*. Para que la humanidad, pues, progrese realmente, es necesario que su inteligencia se agite y se mueva entre estos dos términos: la criatura y Dios.

Pero el racionalismo no se acerca á Dios; sin duda teme que quede ofuscada su mirada soberbia ante el esplendor de su gloria, y contradiciendo esa ley que lo mismo en lo físico que en lo moral preside á toda comunicacion, busca en el alejamiento de la luz el summum de la ciencia, y en el rompimiento con lo

absoluto la última palabra de la filosofía.

El racionalismo no corre hácia Dios; por el contrario, se pára en lo natural. Su ciencia fría y estéril no sabe hablarnos más que de la naturaleza, para él la naturaleza lo es todo á la vez, efecto y causa, principio y término de su movimiento. Y ahora nos ocurre esta pregunta: ¿Si la naturaleza, tomada en su conjunto y en su concepto genérico no es lo último, puede descansar la inteligencia en lo puramente natural? Ninguna filosofía un poco seria y que estime en algo su prestigio y su decoro, se atreverá á proclamar absurdo semejante, que en este caso nos llevaría á la siguiente conclusion de que el progreso, tal como lo entiende el racionalismo, consistiría en la estabilidad, en lo imperfecto. La inteligencia no puede descansar mientras no llegue á su fin, cuyo fin no es esta ni la otra verdad en particular ni todas las verdades particulares juntas; es la misma verdad. Querer, pues, detener la marcha progresiva del espíritu á lo universal, y obligarle á que gire en la órbita estrecha y reducida de lo finito y de lo contingente, es rebajarle en vez de engrandecerle y ponerle en una situación violenta, contraria al estado de reposo y felicidad.

Y aquí nos viene ocasion de observar cómo el naturalismo de la

ciencia es opuesto á los deseos mismos de la razon que, en su aspiracion de saber, siempre creciente, quiere llegar á lo más elevado y cómo el racionalismo, que tanto ensalza la dignidad y la grandeza del hombre hasta el punto de igualarle al infinito, es el que más le aleja de la infinidad. Porque, si una cosa tanto más se acerca á lo infinito, cuanto más se acerca á lo actual, la inteligencia en el sistema racionalista queda reducida el convencimiento de las verdades naturales, mientras que en el catolicismo se extiende á la misma sobrenaturalidad de Dios, y allí se agita y se desenvuelve como en un espacio sin límites, en la inmensidad de su divino ser.

El genio ilustre que mejor ha sabido representar el pensamiento humano, y cuyas obras fecundas y luminosas son objeto de estudio y meditacion por parte de los verdaderos sábios, ya combatió en su época este error trascendental que en nuestros dias va tomando proporciones alarmantes.

Al expresarnos de este modo, ya adivinarán nuestros lectores que nos referimos á Santo Tomás de Aquino, encarnacion sublime de la ciencia divina y creada, y ante el cual pasan las generaciones todas rindiendo el homenaje de su admiracion, é inclinan su frente los talentos más privilegiados.

Veamos, por tanto, cómo trata de asunto tan importante el Angel de las Escuelas, procurando sobre todo explicarnos con aquella humildad y aquel respeto con que un discípulo debe tratar siempre las doctrinas de su maestro. Despues de probar el Santo Doctor que Dios es el Sumo Bien, saca la consecuencia de que es el fin de las criaturas, porque el bien es aquello que todas las cosas apetecen. La tendencia general de los séres hácia Dios se manifiesta claramente en ese movimiento constante á lo más perfecto; lo que nos dice que, en cuanto les es posible, se esfuerzan por conseguir aquella actualidad, que poniéndoles más cerca del ser divino les asemeja más á él.

Así vemos que la materia apetece naturalmente la forma, que es su perfeccion, cuando no la tiene, y cuando la tiene procura conservarla; y no solo procura conservarla, sino que, por medio de una progression gradual y sucesiva, se va elevando poco á poco hasta unirse con lo que es, por su naturaleza espiritual, una imágen del mismo Dios. Nos convenceremos de esta verdad si tenemos presente que la materia aparece primero bajo la forma de elemento, despues bajo la forma de mito, más tarde bajo la forma de alma vegetal, luego bajo la forma de alma sensitiva, y últimamente bajo la forma de alma racional. De donde concluye el nunca bien ponderado

doctor, que el alma humana es el fin de toda generacion.

La inteligencia no debia estar excluida de esta ley del progreso, que podemos llamar la maravilla del órden, en cuya virtud las sustancias inferiores se unen con las superiores formando un conjunto armónico y bello que refleja perfectamente la sabiduria y bondad del Creador. El paso de la inteligencia de una verdad á otra verdad, podemos mirarlo como el paso de la materia á las diversas formas, pues lo conocido, como conocido, es forma del entendimiento.

Siendo Dios la última forma inteligible á que puede aspirar la criatura racional, en la union con dicha forma por medio del movimiento, y no en la ciencia de las cosas naturales, está el fin de la inteligencia.

Además, es natural en el hombre el deseo de ver las causas, una vez vistos los efectos. Todos deseamos saber el porqué de las cosas, todos queremos remontarnos á las regiones de una suprema casualidad. Los antiguos filósofos, en presencia de los fenómenos que se realizaban á su vista, y cuyo origen les era desconocido, se movian á discurrir, hasta que al llegar al conocimiento de las causas descansaban. Pero este discurso no podia ser terminado en las causas próximas; si bien éstas son tales respecto á los efectos que les siguen, son al mismo tiempo efectos

de otras causas que les anteceden; y como no es posible proceder hasta lo infinito en el órden de las causas, se hace necesario llegar á una causa primera, en cuyo conocimiento descansase la inteligencia. La primera causa de todo lo que existe, es Dios; los deseos del alma humana son, por consiguiente, ver á Dios.

Por otra parte, el fin de cada cosa es su misma accion. La accion propia de la inteligencia es entender; luego este será su fin. Ahora bien; el entender recibe la especie del objeto entendido. Los que han clasificado las creencias en más nobles y ménos nobles, se han fijado en el objeto. De donde se sigue que siendo Dios el objeto más noble que la inteligencia puede entender en el conocimiento divino y no en el de las criaturas, consistirá el fin del entendimiento.

Santo Tomás se vale después de la idea del movimiento, y en un argumento muy precioso, prueba con la elocuencia y profundidad que le son propias, que Dios es el último fin del hombre. Dice así: «El cuerpo, que naturalmente tiende á su lugar, con tanta más velocidad se mueve, cuanto más se acerca al fin. *Corpus quod naturaliter tendit in suum ubi, tanto velocius moventur quanto magis appropinquat fini.*» En esta razon se apoya Aristóteles para demostrar que el movimiento natural recto no puede ser á lo infinito. Lo que se mue-

ve, pues, con mayor fuerza en el curso que en el principio de su movimiento, se mueve á un fin determinado. En la inteligencia observamos esto, que siendo su movimiento natural á la verdad, cuanto más sabe, tanto más desea saber; lo que prueba que tiende á una verdad determinada. Esta verdad determinada no puede ser otra que aquella infinita verdad que, por la pureza de su ser, está sobre todo.

El movimiento natural de la inteligencia es, por tanto, á lo infinito de Dios.

La contemplación de lo infinito es, según vimos anteriormente, el fin último de la criatura racional. Aquel noble apetito de saber que caracteriza la más hermosa de nuestras tendencias elevándonos sobre la materia, y que marca con el sello augusto de una providencia especial nuestro supremo destino, no podía encontrar la satisfacción que deseaba en la ciencia de las criaturas, y á este fin hicimos notar, aunque de paso, la eterna contradicción del racionalismo que, violentando el natural movimiento de la inteligencia hacia Dios, condena el espíritu al bárbaro suplicio de Tántalo; á no poder apagar esa sed que le devora, en la fuente purísima de la luz y la verdad.

Los argumentos de que nos servimos para apoyar nuestro aserto, no eran los argumentos de la fé, tan

aceptables y tan dignos de respeto para el verdadero sábio.

Emplazados ante el tribunal de la filosofía, una ciencia que presume de saberlo todo, y que califica de absurda nada ménos que una doctrina bajada del cielo, los tomamos de esta misma razón, de quien el racionalista se cree su mejor intérprete, cuando precisamente es su mayor enemigo. En efecto; en todas las cosas que se mueven, aún en aquellas que, por ocupar el ínfimo puesto en el mundo de la realidad, están más lejos del sér divino, descubríamos la aspiración á lo sobrenatural. La materia, al pasar en sus múltiples evoluciones, de una forma ménos perfecta á otra más perfecta, no completaba su movimiento mientras no se úna con el alma humana, que, por ser de una naturaleza más elevada, pertenece á un órden superior.

Vicente Salanova, presbítero.

LOS NIÑOS DE LA GLORIA.

¡HIJO DE MI CORAZÓN!

Lloraba desolada una madre piadosa la pérdida de un niño hijo primogénito. Su llanto era un suspirar continuo. No ya la sombra, sino la fresca sonrisa del niño hería su corazón, y clamaba: «¡Hijo de mi vi-

da! Decir la verdad sentida es propio del amor, no cauteloso, sino ingenuo; mas decir lo que pasó con acento de apego y de ternura es como la expresion de una esperanza dichosa.

No dejó el niño de ser hijo del corazón ni de la vida de su madre angustiada. Perdido para los pesares del mundo, voló al cielo á entonar cantares eternos. «¡Hijo de mis entrañas!» decia á cada instante la jóven llorosa. Lo veia en la forma que se pintan los Angeles. Tan pronto se lo figuraba dormido como despierto, suspirando ó en la cajita de muerto; pero siempre amable y encantador.

—¿Qué hiciste de mí? ¿qué buscabas fuera de mi seno? ¿quién te arrebató de él? Dime, hijo de mi alma, ¿te llamó un cariño más deshecho en halagos? ¿Cuándo te faltaron mis caricias? ¿Lloras ahí tambien? ¿Ries la risa eterna de los Angeles? ¿qué haces? ¿quién cuida de tí? ¿qué pasa en esas regiones de esperanza y de consuelos? Dime, dime, hijo de mi corazón, ¿son hermosos como tú los niños que te acompañan? ¿Sabes muchos cantares? ¿qué lengua hablas? ¿tienes maestros de melodía? Dime, dime, hijo de Dios, ¿con qué te regala el Padre celestial? ¿te dá lo que dió á los niños inocentes? Por no haber tú sufrido el martirio ¿andas ahí sin corona? Mas nada me digas. El delirio de una madre es cu-

rioso hasta el abandono del sentido. Siendo hijo de Dios, llamado al cielo por Dios, en la patria de los que alaban y gozan cantando gloria, ¿qué puede faltarte? Mis caricias eran pasajeras, aunque fijo en tí mi corazón; más ahí sé que no lloras, ni sientes frio ni tienes calor; no duermes ni te rinden las vigiliass; nada te molesta. Hijo de Dios, todo en tí alegrías y contento, y hoy como ayer, y mañana como en la eternidad.

Me han dicho tambien, hijo feliz, que te acuerdas de mí, que eres abogado de mi alma, que me ves y conoces mis dolores, que todo lo entiendes sin discurrir y sin trabajo, y que, siendo tú dichoso y no pudiendo dejar de serlo, das por bien empleados los lloros que me causa tu partida. Y en esto anda conforme mi piedad. Lloro consolada; y aunque parezca extraño al lenguaje humano el consorcio del dolor y de las delicias, tú lo comprendes ahí, vida de mi vida. Tú vez como se hermanan la carne y la sangre con la resignacion, y como se convierte la pena en gozo.

¿Por ventura deberé á tu mediacion la conformidad de haberte perdido de vista, ya que tanto has gastado tú y para mí? Dime, por amor de Dios, ¿ruegas por tu papá? Suspira él sin cesar por su E... ¿Sabes que el Señor nos ha dado hermanitos que aquí no conociste? Varon el

uno se parece á tí, vivo es como eras tú, su gesto es parecido al tuyo. Salta ya, brinca, reza el *Ave María* y el *Padre nuestro*. Cuando se habla de tí, dice: «Yo quiero verlo.» Cuando tal oigo se me parte el corazón. ¿Piensas llamarle, ó acaso pides que Dios lo llame? Ten piedad de mí..... Tu hermanito es bullicioso. Todo lo quiere, y pedigüeña hasta la porfía: no hay paz si no logra lo que desea.

Pero ¿qué te cuento yo? Tú vez á tus padres y á tus hermanitos; y sin verte nosotros repetimos tu nombre y recordamos tus gracias. ¡Cuánto se habrán aumentado en la gloria que habitas! ¡Cuánta será su variedad! ¡Qué género de dicha la de los ángeles que vistieron carne mortal! De esto nada me digas. Locura fuera preguntarte. Tales cosas no caben dentro de humano pensamiento. Aquí no se ven, ni se oyen, ni se sienten, ni pueden imaginarse.

—Los amigos de Dios tienen gustos y complacencias que no les fuera dado revelar sin permiso del Señor, ni fuera del caso decirte, mi querida mamá, que no hé menester juguetes, ni ama, ni criadas. Mis compañeros abundan conmigo en mercedes y dones que no causan envidias, ni despiertan celos. Viendo á Dios, todo lo tenemos en comun dicha y felicidad.

No viene la noche á contristarnos con sus tinieblas. Aquí nadie pade-

ce. Todos aman y gozan lo que no puedo explicar.

Con ser tan pequeñitos los que de ahí salimos en la infancia pudieran llenarse todos los corazones grandes de la tierra con el gozo de que uno de nosotros disfruta en un solo momento, y sobraría regocijo para alegrar mil generaciones. ¡Qué Dios tan hermoso! ¡qué luz tan clara la que su rostro despide! ¡Mira, mamá! Vivimos siempre en día pleno y apacible. No hay oriente ni ocaso en nuestras delicias. Un momento eterno las tiene encerradas con ser ellas inmensas. No desees que te diga más. Anhela tú por ganarte ahí el tesoro escondido de estas riquezas. Dí esto á papá y enseñad á mis hermanitos el camino del cielo. Yo vine derecho sin tropiezo ni cansancio. Llegué al mismo partir de esas regiones donde lloraba y os quitaba el sueño.

† ANTOLIN

arzobispo de Valencia.

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la Colegial, á las ocho, y en Sta. María, á las nueve, misa de renovacion.

En las Agustinas, á las ocho, aniversario general por los asociados

Josefinos difuntos. Por la tarde á las cuatro Felicitacion Sabatina.

En el Hospital civil y Casas de Beneficencia, habrá funcion á las nueve de la mañana con motivo del santo Jubileo. En el Hospital predicará el señor canónigo de la colegial, don Antonio Miravete, y en la Beneficencia, D. Joaquin García, canónigo de la misma.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual, con sermon á cargo del Sr. Canónigo Magistral D. Casiano Quilez. Por la tarde, despues del coro, mesada de Ntra. Sra. del Remedio con sermon que predicará el muy ilustre y señor Abad de la misma, y acto continuo se dará principio á la novena de S. Nicolás; en los demás dias será al toque de oraciones.

En Santa María, á las nueve, tercia y misa; por la tarde, á las tres y media, completas y minerva con sermon que predicará D. Antonio Llofriu, vicario de la misma.

En San Roque, tambien á la oracion, despues del Santo Rosario, predicará el M. I. señor Abad de la Colegiata.

En Ntra. Sra. de Gracia, á las tres y media de la tarde, se rezará el Santo Rosario y Minerva con sermon que predicará D. Tomás Domenech, vicario de la misma.

En las Agustinas, á las cuatro de la tarde, ejercicio de los siete domin-

gos de San José. La comunión será á las ocho de la mañana.

Mártes.—En las Capuchinas empezará la Archicofradía teresiana la novena en honor de su excelsa Madre la Inmaculada Concèpcion.

Todos los dias á las cuatro de la tarde se pondrá de manifiesto á su Divina Magestad; seguirá la estacion al Santísimo Sacramento, el rosario á la Augusta Señora y la novena.

El dia 8 de Diciembre, propio de la Inmaculada Virgen, habrá misa de comunión general á las siete y media de la mañana; á las nueve y media de la misma se pondrá de manifiesto á S. D. M. (que estará expuesto todo el dia), á continuacion se cantará una misa solemne, en la que predicará el presbítero D. Manuel Martinez.

Por la tarde terminará la novena con plática á cargo del señor Abad, director de la Archicofradía, y se concluirán tan solemnes cultos, dando la bendicion con Jesús Sacramentado.

En las Agustinas, se dará principio á la novena de la Inmaculada Concepcion, que le dedica la sociedad de Felicitacion Sabatina, que dará principio á las cuatro de la tarde.

Jueves.—En las Capuchinas, trisagio, á las cuatro.

ALICANTE:
Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.